

«ELS PASTORETS» en nuestro local

—¿No le parece a V. que resultan vacías las fiestas de Navidad?

—Exactamente.

—¿Y no cree que una representación de «Els Pastorets» podría dar a estas fechas un carácter más sentido, más alegre?

—Me parece una gran idea.

Estaba clarísimo que los muchachos no se atrevían a decir la palabra «religioso». Pero indudablemente la sentían. Entre hombres, vale mucho más lo que se siente que lo que se dice.

—Deberíamos montar unas representaciones de «Els Pastorets» en nuestro local.

—¿En nuestro local?

—Sí. La «Casa de les monges» tiene posibilidades. Más de las que parece. Caben en su salón un buen centenar de personas. Tiene un escenario minúsculo pero gracioso. Tiene unas salas para vestíbulos y vestuarios. Tenemos dibujante, pianista y coro. Nosotros estamos para servir de albañiles, peones, carpinteros (tenemos maestro carpintero bueno para dirigirnos) electricistas, fogoneros, tramoyistas y todo lo que haga falta. No dudamos tampoco en encontrar una buena profesora de declamación que va a dar mucho tono a la empresa.

—¿Actores?

—¿V. no ha visto el magnífico cuadro que podrían organizar nuestros muchachos? Observe, eche cuentas.

—¿Unos «Pastorets» con jovencitos y niños?

—¡Qué más desea!

Estos muchachos piensan en los niños: fruto adelantado de la campaña «Matrimonio». La cosa se puso en marcha. El local se llenó de griterío, de pinturas y decorados, de agudos golpes de martillo, de polvo de cemento, de versos, de cantos, de avisos, de buenos y malos ratos, de electricidad y de pólvora. Y de cálculos, muchos cálculos.

Por fin aparecieron los primeros programas, solemnes, apretados de nombres y de títulos.

Se habían movilizado todas las fuerzas disponibles: cada vestido nuevo —se hicieron 48— suscitaba un «¡oh!» de ingenua admiración; los últimos ensayos, delirantes; las primeras demandas de localidades —igual que en los teatros de verdad— eran agobiantes.

—Nos faltará local. Tendremos que repetir la obra tres veces, por lo menos.

Seis veces se representó.

La gripe pasó por nuestro lado como lamiendo a los insustituibles personajes. Casi todos se salvaron por milésimas.

Naturalmente la primera representación empezó con retraso. Obligadamente, uno de los personajes tuvo que trasladarse a Figueras y llegó, sudoroso y desesperado, con media hora de retraso. Había que calmarle: no tenía culpa ninguna; todos le disculpaban. En un alarde de agudeza, se llegó a invertir el orden de unas escenas que permitieron acelerar la subida del telón —hubo también telón en el local. Pero al muchacho involuntariamente retrasado le

traicionaban los nervios y no podía actuar. Ahora, no por retraso; por semi desvanecimiento.

Actuó, por fin, él y todos los demás. La cosa marchaba.

Podríamos contar algunas peripecias más de estas representaciones, bastante chuscas algunas de ellas.

* * *

Se había llenado el hueco de la frialdad de los días navideños.

Se habían despertado algunas aptitudes escénicas.

Se juntó, con algunos nuevos elementos, un equipo del Centro Cultural.

En nuestro horizonte apuntó una nueva estrella: nuestro local no estaba muerto; sólo estaba dormido. Ahora, ya, despierto.

Tal vez nunca podrán juntarse los mismos organizadores y encargados porque el tiempo dispersa y aleja muchas voluntades y posibilidades.

Pero el local estaba vivo. Y el Centro había dado sus primeros pasos por un nuevo camino.

Nos habíamos dado cuenta que la diversión era mejor en nuestro ambiente.

M.



M.^a Asunción Torrent y M.^a Asunción Mallén, en una escena de «Els Pastorets»: la «Verge» y «Jacobé».

Foto Pumarada.